



Cartagena y Mompox

PATRIMONIOS DE LA HUMANIDAD

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR



LUIS
FERNANDO
GONZÁLEZ

Dos ciudades de origen colonial. Una con la certeza de su fundación —Cartagena de Indias, por Pedro de Heredia en 1533—; la otra, Santa Cruz de Mompox, con la incertidumbre de nombres y fechas, entre 1537 y 1541. Pero ambas, a partir de ese pasado centenario, blandiendo y presumiendo blasones, alcornias, heredades y una extensa literatura de fábulas, más allá de su propia historia plagada de conflictos, exclusiones e inequidades. La “ciudad heroica” y la “ciudad valerosa y benemérita de la Patria”, según su pléyade de poetas y cantores, ya épicos o elegiacos.

Igual, ambas han sido declaradas por la UNESCO como Patrimonio Histórico y Cultural de la Humanidad, la primera en 1984 y la segunda en 1995, por su historia, sus características urbanísticas y la peculiaridad de sus arquitecturas. La una, a orillas del mar Caribe, encerrada entre las murallas que sobreviven, con sus baluartes, y su trama irregular de callejuelas y plazas; mientras la otra, a orillas del río Magdalena, protegida de sus aguas por las albarradas, con sus calles longitudinales paralelas al río y los callejones transversales, entre las cuales destacan hermosas iglesias presidiendo las respectivas placitas.

No hay duda de que cada una tiene mérito, magia y belleza. Son centurias de acumulaciones históricas que se evidencian en sus ejemplos representativos de la arquitectura militar, religiosa, civil o doméstica. Todavía se pueden observar volúmenes majestuosos en cantería o ladrillo, portadas de elaborada riqueza ornamental, donde los canteros, alarifes o albañiles reprodujeron de manera ortodoxa o reinterpretaron heterodoxamente, la mayoría de las veces, los cánones estéticos de la arquitectura europea en tierras americanas. Espacios interiores aiosos donde lograron domesticar el clima abrasador del medio en donde se implantaron, gradando y matizando la luz solar o dejando trascurrir el aire caribeño, para solaz y confort de sus habitantes *novus* americanos.

Pero también es cierto que las declaratorias fueron sobre las ciudades del pasado, o lo que sobrevive de ellas, y no sobre las del presente. Cartagena fue valorada por su singularidad como arquitectura militar y por uno de los puertos de las rutas comerciales en el proceso de expansión del mundo occidental. Su sistema de fortificaciones defensivas, construido entre los siglos XVI y XVIII, fue considerado un ejemplo imponente y el más completo en tiempos contemporáneos, además de ser esa ciudad del pasado, una estación esencial de las Indias Occidentales, a la par que La Habana y San Juan de Puerto Rico. Mientras que la declaratoria de Mompox se enfocó específicamente en el

centro histórico, es decir, la ciudad configurada fundamentalmente entre los siglos XVII y XVIII, aquella que se congeló en el tiempo a mediados del siglo XIX, cuando dejó de ser el importante puerto fluvial que había sido.

Si bien las declaratorias son específicas, delimitadas temporal y geográficamente con claridad, se ha querido utilizar desde varios frentes —políticos, planificadores, económicos, etc.— la parte como un todo e, incluso, a partir de aquella parte sustancial, se ha buscado esencializar las identidades y pluralidades culturales desconociendo el resto urbano. Como bien lo dijo hace ya varios años el arquitecto Rem Koolhaas (en una de las cosas que comparto con él de sus análisis urbanos), “la identidad centraliza; insiste en una esencia, en un punto”; lo cual es un problema en sí, pero también lo es en su manifestación espacial, en tanto no “sólo el centro por definición es demasiado pequeño para cumplir con sus obligaciones asignadas, sino que tampoco es el centro real, sino un rimbombante espejismo en vías de implosión: sin embargo, su presencia ilusoria niega legitimidad al resto de la ciudad”.¹

Sí, es cierto, se vuelve demasiado pequeño ante las crecientes demandas del turismo, del consumo cultural y económico, de la expansión urbana, del crecimiento demográfico, de las demandas inmobiliarias, de los cambios sociales y culturales, y otro número de factores que en sumatoria han desdibujado la centralidad, la han vaciado de contenidos fundamentales —sociales, culturales e históricos— y la han convertido en una mascarada al servicio de otros intereses que no son precisamente los de los habitantes de la ciudad. Un camino recorrido desde hace mucho tiempo por Cartagena, el cual sigue vigente y presionando sin vuelta atrás, pero que Mompox apenas inicia a transitar, aunque con poco tiempo y margen para detener.

Es curioso, y a la vez paradójico, que todo aquello que fue el factor determinante para su valoración se convirtió en su propio verdugo en tiempos contemporáneos. Ser



patrimonio de la humanidad les dio a estas ciudades más visibilidad en las cartografías turísticas y en los mapas del mercado inmobiliario en tiempos de la globalización. Esta no es una simple frase de cajón, pues la globalización, con su ubicuidad y realizaciones en tiempo real, debido a las posibilidades que han brindado la virtualidad y las redes sociales, hace que sean objetos apetecibles del turismo exótico, masivo y de grandes consumos, muy diferente en escala e impactos a lo que había sido el turismo tradicional dominante hasta la década de los ochenta. Esa coincidencia entre los años de las declaratorias como patrimonios de la humanidad y el desarrollo de la globalización económica y las redes sociales, ha implicado la intensificación de las demandas de ciudades como Cartagena y Mompox, teniendo como pretexto el patrimonio y la historia de las mismas; pero, en últimas, estos serán los primeros grandes sacrificados, junto a los pobladores y su relación identitaria con ese origen, cada vez más desvirtuado y lejano.

El caso de Cartagena es muy ilustrador. Desde finales de los años setenta del siglo xx, el centro histórico de Cartagena comenzó a interesar a personajes de la vida política y social del interior del país, quienes

compraron y restauraron las primeras casas. Pero con la declaratoria de Patrimonio de la Humanidad en 1984, comenzó el auge en la medida en que la industria del turismo y los eventos culturales fueron encontrando allí, en el “corralito de piedra”, su más precioso nicho. Ya no solo fue el anticuado y anacrónico Reinado Nacional de la Belleza —desde 1934—, ni los eventos de la segunda mitad del siglo xx como el Festival de Cine —cada vez más remozado, hasta cumplir la versión 55 en 2015, ahora conocido con las siglas FICCI—, o los premios India Catalina de la televisión —desde 1984—, sino los nuevos programas de la industria cultural de las primeras décadas del siglo xx, como el literario Hay Festival —desde 2005—, el Festival Internacional de Música —iniciado en 2007— o el más reciente relacionado con el arte —ART/Cartagena—, que apenas dio sus primeros pasos en 2014. De tal manera que Cartagena se convirtió en el hábitat de una variada fauna, extraña mezcla de *jet set* criollo, esnobismo y arribismo, combinado con cultura *light* y cierta intelectualidad de fama mundial.

Pero el espacio de la ciudad amurallada y sus barrios históricos fueron vaciados de sus habitantes tradicionales. Colegios



convertidos en apartamentos, conventos transformados en hoteles, casas travestidas en hoteles boutique, casas populares de artesanos ennoblecidas por los restauradores. En un proceso de gentrificación, dueños y habitantes fueron expulsados y remplazados por visitantes que tienen allí sus segundas residencias, o por asistentes temporales a los eventos que toman sus distintos espacios, o turistas de ocasión que creen haber conocido a Cartagena. Primero fue en el propio centro o Barrio de la Catedral (antiguamente constituido por los barrios San Sebastián, La Merced y Santa Catalina), lugar de la aristocracia y asiento del poder, el cual mantiene cierta institucionalidad simbólica aunque cada vez más lejana de los habitantes cartageneros. Luego fue el barrio San Diego, en sus orígenes asiento de los cabildos negros, después de militares, pulperos o habitantes dedicados a oficios varios, y en el siglo xx el lugar de habitación de una incipiente clase media, los que comienzan la desbandada con la llegada del comercio y los hoteles de lujo en los antiguos conventos. Hoy se calculan un poco más de tres mil habitantes del barrio San Diego, que no son realmente nativos sino población mayoritariamente flotante.

En los últimos años ha sido el barrio Getsemaní el presionado por inmobiliarias y los intereses de finca raíz para convertir los viejos teatros, clubes, colegios y claustros en los nuevos hoteles para el

desembarco turístico internacional, transformando las dinámicas habitacionales de este antiguo arrabal, incorporado a la ciudad amurallada en el siglo xvii, que ha sido habitado por una variopinta población que va desde los antiguos esclavizados hasta los inmigrantes sirio-libaneses de finales del siglo xix. Reducto de los famosos “lanceros de Gimani” o “milicias de negros” que, al mando de Pedro Romero, fueron claves en las guerras de independencia de Cartagena, y mucho tiempo después escenario de gran actividad comercial, de mercados populares y teatros, lugar de encuentro por sus espacios urbanos como el Parque Centenario, hoy Getsemaní es transformado en sus dinámicas cotidianas con la implantación de bares, discotecas, hoteles boutique u hoteles para mochileros, de tal manera que la población resistente es apenas una quinta parte de su población original, calculada en 2006 en aproximadamente seis mil habitantes.

Pero ese proceso no se dio solo en el centro histórico, sino también en las áreas contiguas, donde cada vez más territorios fueron puestos al servicio de la demanda turística desde el mismo momento en que esta emergía como una de las actividades fundamentales de la economía de la ciudad, no solo incorporando su suelo sino, incluso, como un acto de limpieza escenográfica. Un caso ilustrador, por lo reiteradamente citado, por lo dramático, por las huellas



que dejó y las implicaciones que aún tiene, fue el caso de Chambacú, donde en 1971 fueron demolidos 1300 “tugurios” y trasladados sus habitantes para mejorar la imagen de la ciudad. De este barrio queda el recuerdo literario plasmado por Manuel Zapata Olivella en su obra *Chambacú corral de negros*, y el lote y un edificio del fallido proyecto de renovación urbanística, un “monumento” a uno de los grandes actos de corrupción que compromete a una clase dirigente regional que sin pudor defenestró una comunidad. Limpieza de comunidades, suelos y actividades no compatibles con el turismo y los visitantes, que también ha sido aplicada por años a los mercados populares, de Getsemaní a Bazurto y de este al Centro de Convenciones, para lograr el espacio adecuado para una de las actividades más lucrativas con que se ofrece la ciudad.

Todo esto ha conducido a una enorme especulación inmobiliaria que hace que casas y apartamentos, cuyos precios se cotizan en dólares, actualmente oscilen entre los cuatro y doce millones de pesos el metro cuadrado; por eso se dice que el Centro Histórico es el paraíso inmobiliario de la esquina norte de Suramérica.

Sin los verdaderos habitantes, sin sus prácticas y costumbres en espacios de cotidianidad, el centro histórico cada vez deviene en un simulacro y en espacio de diversiones, con arquitecturas impostadas, desde las mascaradas exteriores hasta

muchos de los diseños interiores. Y si se mira desde el exterior, ese centro cada vez se empequeñece más y se vuelve irreal. El entorno construido a su alrededor lo oculta, lo desliga o lo desconoce, pese a que todo lo que se construye se hace a nombre de su historia y su patrimonio. Desde el sur, en la península de Bocagrande —densa y vertical en su arquitectura, de una simplicidad y fealdad indefendible—, pasando por el histórico barrio Manga en el suroccidente —donde los lotes de las viejas casonas y palacetes modernistas dan cabida a otros edificios autárquicos y de estética indefinible—, siguiendo por el Pie del Cerro —en donde un nuevo centro comercial, con el nombre de San Lázaro Distrito Artes, mediará entre el recinto amurallado y el emblemático castillo de San Felipe de Barajas—, hasta llegar al norte, al Cabrero, cuyo pasado de apacibilidad ha llegado a su fin, y entre la laguna devastada de manglares y el frente marino solo presagia un futuro de edificios ensimismados, contiguos a las murallas y a la ciudad vieja de intramuros, pero sin diálogo con ella y en contravía de las recomendaciones para el otorgamiento del título de Patrimonio de la Humanidad, que recomendaba la creación de una zona amplia donde las ordenanzas limitarían la altura de las construcciones contemporáneas. Hoy en ese arco espacial contiguo eso no se cumple y, por el contrario, se constituye en la nueva muralla, la contemporánea de vidrio y acero.

Pero aún más, es una ciudad que se expande cada vez más de su centro histórico, tanto para los sectores ricos como para los pobladores pobres. En las playas de La Boquilla y Manzanillo, entre estas y la Vía al Mar en el norte, expulsando pescadores nativos o depredando ecosistemas costeros para construir condominios con piscinas, jardines y canchas de golf, estas últimas diseñadas por expertos mundiales como para entrar en los tours de la liga profesional de este deporte, tal vez sin pensar en aquellas epopeyas históricas, los hechos trascendentes y las sobrevivencias patrimoniales, al fin y al cabo sus dueños hacen su propia historia y acrecientan los patrimonios que a ellos en verdad les interesan.

Mientras que otra ciudad pobre, con casi un tercio de la población en situación de pobreza, sigue creciendo en los barrios receptores de población desplazada —Nelson Mandela, El Milagro, San José de los Campanos, El Pozón, Loma Fresca, La María, Olaya Herrera, La Candelaria, Membrillal, El Líbano—; buena parte sobre las ciénagas, a lo largo de la vía a Bayunca al oriente, o todavía más lejana con proyectos de vivienda gratis como la Ciudadela Bicentenario, desde donde no se ve el recinto amurallado, ni siquiera se sabe que existe, o si lo intuyeran no tienen posibilidades de acceder. Las murallas, los precios y el control de sus accesos son una buena manera de separar socialmente y controlar para no dañar el negocio turístico. Allí, lejano del corralito de piedra, campean las necesidades básicas insatisfechas, el analfabetismo, la inseguridad, el conflicto territorial entre bandas armadas y la prostitución, esta sí asociada al turismo internacional que desembarca atraída por la historia de Cartagena.

No ocurre lo mismo en Mompox. Tampoco tiene la extensión ni la dinámica de su par patrimonial costero, pero igual el centro se diluye sutilmente. Salvado su urbanismo y su arquitectura de la demolición feroz o la transformación debido al aislamiento, producto de la pérdida de

navegabilidad del brazo del río Magdalena a mediados del siglo XIX, hoy la dificultad de acceso vial impide o, al menos limita la invasión turística y todas las grandes problemáticas derivadas y no atendidas como en el caso de Cartagena. Aun así, el centro histórico ya empieza a sentir los efectos, cuando las grandes casonas son convertidas en hoteles, hostales o los famosos hoteles boutique; ya hay un evidente cambio de uso que se intensifica, en la medida en que en las proximidades de las plazas y los edificios emblemáticos se abren tiendas, almacenes, restaurantes, bares, etc., aunque en este caso se puede decir que se adecúan las antiguas bodegas que un día se subdividieron en viviendas y ahora tornan a la actividad comercial. Pero aún las casas que han sido casas y mantienen su condición residencial son transformadas por los nuevos propietarios para su ocupación temporal, pensando en las vacaciones y el veraneo, y en ellas los patios centrales, fundamento de la habitabilidad del mundo interior momposino, se convierten en piscinas con los efectos negativos desencadenantes en términos técnicos, materiales y ambientales (aparte de otras adecuaciones y cambios espaciales, materiales y estéticos). Esta demanda incipiente ya hace sentir sus efectos en el precio del metro cuadrado, que ya supera el millón de pesos.

Es en ese centro histórico donde se han concentrado las inversiones: unos 21 mil millones de pesos para recuperar en una primera etapa el tramo entre las plazas de Santa Bárbara y San Francisco, quedando pendiente dos etapas que se prolongan al norte y al sur, sobre la ribera del brazo del río Magdalena. Estos trabajos de intervención, y el Plan de Manejo Especial de Protección del Patrimonio, han sido fuertemente criticados por especialistas, en tanto apuntan más a rescatar el patrimonio monumental, es decir, la edificaciones emblemáticas, y dejan por fuera el contextual. De ahí que las arquitecturas modestas, especialmente de la Calle de Atrás —calle tercera— o de la Calle Nueva —calle cuarta—, no sean

Sin los verdaderos habitantes, sin sus prácticas y costumbres en espacios de cotidianidad, el centro histórico [de Cartagena] cada vez deviene en un simulacro y en espacio de diversiones, con arquitecturas impostadas, desde las mascaradas exteriores hasta muchos de los diseños interiores.

tenidas en cuenta, ni se valoren, ni se les dé la importancia debida, a pesar de sus características y representatividad como ejemplos populares de la arquitectura anglo-antillana, del modernismo de finales del siglo XIX y principios del XX, entre otras características sobresalientes. Pareciera que todo fuera en clave colonial monumental y no existieran otros momentos históricos.

A lo anterior debemos sumar algo más: Mompox tiene, según el censo de 2005, unos 41.326 habitantes, de los cuales un 55% son urbanos, pero de ese 55% muy pocos son habitantes de aquello que se llama centro histórico, esto es, de las Albarradas, la Calle Real del Medio y parte de la Calle de Atrás, entre las plazas de Santa Bárbara al sur y San Francisco. Se siente la condición turística de sus calles históricas emblemáticas, la ausencia de los pobladores, a no ser en momentos excepcionales y en los ritos de ese patrimonio inmaterial que todavía sigue ligado a sus espacios urbanos y arquitectónicos, como lo son los ritos de orden religioso. Hecho evidente que determina un uso y apropiación que no se puede perder pero que ya está amenazado.

Igualmente, la vida cotidiana de los momposinos transcurre por fuera de los límites del mapa turístico, desde la Calle de Atrás hacia el occidente, entre Calle Nueva y la vía que comunica a la ciudad con Talaigua Nuevo al norte y con San Fernando al sur, e incluso más allá, en barrios como Primero de Mayo. Está en el Callejón del Colegio y alrededor de la Plaza de la Concepción, en el estadio de béisbol 6 de agosto o en la cancha de fútbol,

en los mercados populares y eventuales, no en la restaurada Plaza de Mercado del Centro Histórico sino en la plaza de mercado construida al costado de la carretera, no obstante su indecente y horrorosa construcción; ¿habrá mejor ejemplo de desarticulación entre historia y presente que una reluciente plaza de mercado sin uso y otra con uso pero con pésima arquitectura?

Pese a la proximidad física, se van estableciendo barreras materiales, sociales y simbólicas. También en Mompox el centro se va convirtiendo en un espejismo, va perdiendo su condición de centralidad, no solo para los habitantes urbanos de este pueblo sino también para los de los otros cinco municipios de la Isla Margarita donde se asienta, y de los pequeños asentamientos del otro lado del río, del que ha sido su centralidad funcional.

Solo queda por decir entonces que un tiempo histórico y una parte de Cartagena y Mompox son Patrimonio Cultural de la Humanidad, pero esas porciones centrales son cada vez menos representativas de sus ciudades y de la cultura de sus habitantes. Son más un punto del mapa global del consumo, del turismo y de la especulación inmobiliaria. ■

Luis Fernando González (Colombia)

Profesor Asociado adscrito a la Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín).

Notas

¹ Rem Koolhaas (2014). "La ciudad genérica", en: *Acerca de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, p. 39.